

*Cuentos
Para
Despertar*

Ediciones **Corona Borealis**
Colección **Libronovel**

Segunda edición, noviembre de 2017

© Todos los derechos reservados

AUTORA: Cristina Suárez Falcón

ILUSTRADOR: Juan Chica

CORRECTORAS DE TEXTO: Nerina García y María Núñez

DISTIBUIDORES: www.coronaborealis.es

ISBN: 978-84-92635-44-3

DEPÓSITO LEGAL: MA 1224-2017

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

 **libronovel**



coronaborealis







Ela y Chen

Había una vez una lejana ciudad oscura de China llamada Lu-Xián. En esa ciudad había una casa muy antigua de madera, donde cuidaban a los niños que se habían quedado huérfanos. Habitaban cientos de niños abandonados, todos chinos, a excepción de una niña que era occidental. Nunca se supo cómo llegó esa niña tan blanca y rubia de ojos azules a la casa de adopción. Li Xu regentaba la casa de acogida. Era un hombre viejo; no era ni muy bueno, ni muy severo con los niños. Se ocupaba básicamente de la limpieza y la alimentación de los más pequeños.

Cuando el hombre vio a la niña tan rubia y blanca, abandonada en la puerta del orfanato, llamó despavorido a su hermana y ésta, rápidamente, la tomó entre sus brazos y prometió cuidarla y protegerla. Le puso el nombre de Ela, como la protagonista de una canción de amor que una vez escuchó en la radio.

Cada vez que venían personas a adoptar a algún niño, ocultaban a Ela, por miedo a que pensarán que eran raros por tener a una niña de rasgos diferentes. La verdad es que le tenían algo de cariño a Ela y la veían especial, quizá en el fondo ellos no querían que la adoptasen.

En la casa Li Xu había centenares de niños muy parecidos, muy especial que se llamaba Chen. Lo curioso de él es que llegó justo el mismo día que Ela. Los habían abandonado el mismo año, el mismo mes, el mismo día y en el mismo minuto.

Ela y Chen empezaron a crecer juntos y así iban pasando los años. Ela se estaba convirtiendo en una chica muy guapa. Tenía unos rizos dorados que caían sobre sus hombros y unos

ojos azules que Chen jamás tendría con qué comparar. El agua del río era marrón y el cielo siempre estaba gris de la polución.

Se convirtieron en amigos inseparables, desde que nacieron y fueron abandonados, no habían pasado un día sin estar juntos, sólo se tenían el uno al otro. Lo hacían, prácticamente, todo juntos. A Chen le encantaba construir y crear cosas especiales. En una ocasión construyó, para la gata que cuidaba Ela, una preciosa mini casita de madera muy cool. En cuanto podía, se ponía a hacer pequeños experimentos caseros. Chen siempre fue muy aventurero y curioso, tanto que, en innumerables ocasiones, Li Xu, tenía que sacarlo de más de un apuro: como aquel día en que a Chen se le ocurrió hacer «Aqua Kung Fu», se metió dentro de la plantación de arroz y lo dejó todo perdido.

Pasaron los años y Ela y Chen, como no podría ser de otra forma, se enamoraron. Ya habían cumplido los quince años y soñaban con emprender una vida juntos cuando tuviesen la mayoría de edad. Pese a lo duro que es vivir en un orfanato y no tener padres, familia, y estar solos en el mundo, eran muy felices. No necesitaban nada: ni tele, ni ordenador, ni juegos. Sólo estar juntos, crear, construir, reír y pasar el día lo más alegre posible.

Un buen día, se fueron detrás de la casa a hacer la típica carrera de grillos, cuando escucharon alborotos y se dieron cuenta de que algo pasaba. Se acercaron corriendo y, escondidos tras una camioneta, vieron como Li Xu y su hermana estaban gritándoles a un hombre. El hombre les dio un sobre y se marchó.

Al día siguiente, Li Xu y su hermana se iban de la casa, sin dar ninguna explicación. El gobierno se había enterado que la familia estaba cuidando a todos esos niños sin tener autorización, por lo que los obligaron a dejar de hacerlo.

Les dieron las gracias por todos esos años, y les entregaron un sobre con una importante cantidad de dinero para que pudieran comprar otra casa y de esta forma tener un nuevo hogar. Li Xu y su hermana MeiMei no miraron nunca hacia atrás.

Con pasos firmes y sin titubear, abandonaron a las personas que habían sido lo más parecido a una familia, y se alejaron lentamente entre las plantaciones de arroz.

Todos los chicos estaban alborotados. Había chicos de todas las edades, corriendo de un lado para otro. Unos gritaban y otros lloraban.

Rápidamente, los nuevos propietarios pusieron orden, utilizando silbatos, palos y mucha disciplina. Chen, que no soportaba que le pusieran una mano encima, se rebeló en el momento en el que un guardia lo empujó de malas formas. Indignado le gritó que no le pusiera nunca una mano encima ni a él ni a su amiga Ela. En ese momento, lo cogieron de un brazo y lo expulsaron de la casa para siempre. Ela no se lo podía creer, y llorando gritó:

— ¡Chen, vuelve! No, por favor, ¡no! ¡No os lo llevéis! ¡Chen, vuelve! ¡Dejadme ir con él!

A Ela la metieron en un cuarto a la fuerza, de malas formas. Estuvo llorando durante tres noches sin parar y cuatro días, hasta que ya no le salían más lágrimas. Miró por la ventana y pensó en voz alta:

— Chen, te prometo que te encontraré. Eres la única persona que tengo en mi vida, te encontraré.

Lo decía con todo su corazón y su alma. Prometió que nunca dejaría de buscarlo y también se prometió a sí misma que lo encontraría, pasase lo que pasase.

Transcurrieron tres largos años y había un chico bastante guapo trabajando en el restaurante chino «El Pez Dorado», ¿te puedes imaginar quién era? ¡Exactamente! Chen trabajaba en un lujoso restaurante a las afueras de Shanghái. Era ayudante de cocina, aunque realmente hacía todo lo que le encomendaban.

Chen había buscado a Ela durante los últimos años, pero un día alguien le comentó que necesitaría algo de dinero si quería encontrarla. Pondrían un anuncio en Internet, en alguna página de Google, o comprarían un iPad para grabar un vídeo y subirlo a YouTube. De esta forma, quizás, se correría la voz y Ela podría encontrarlo.

Chen estaba seguro de que la chica no había dejado de pensar en él ni un solo día, minuto o segundo. Se esforzaba en ganar lo máximo posible, y trabajar más de catorce horas al día sin cansarse. Tenía un objetivo muy claro: encontrar a Ela.

La joven paseaba plácidamente por el centro de la ciudad de Shanghái, por una calle repleta de tiendas, llamada Nanjing Road. Su pelo rubio brillante, y los impresionantes ojos azules, hacían que las miles de personas que transitaban la calle, se giraran para mirarla.

Ela, en los últimos tres años, había tenido una familia de acogida adinerada. La familia, con la intención de ayudarla, en su décimo octavo cumpleaños, le regaló 70.000 yuanes para que encontrase a su amigo. La chica no tenía la menor duda de que no pararía hasta dar con Chen, y con el apoyo de sus nuevos padres de acogida, tenía una gran oportunidad.

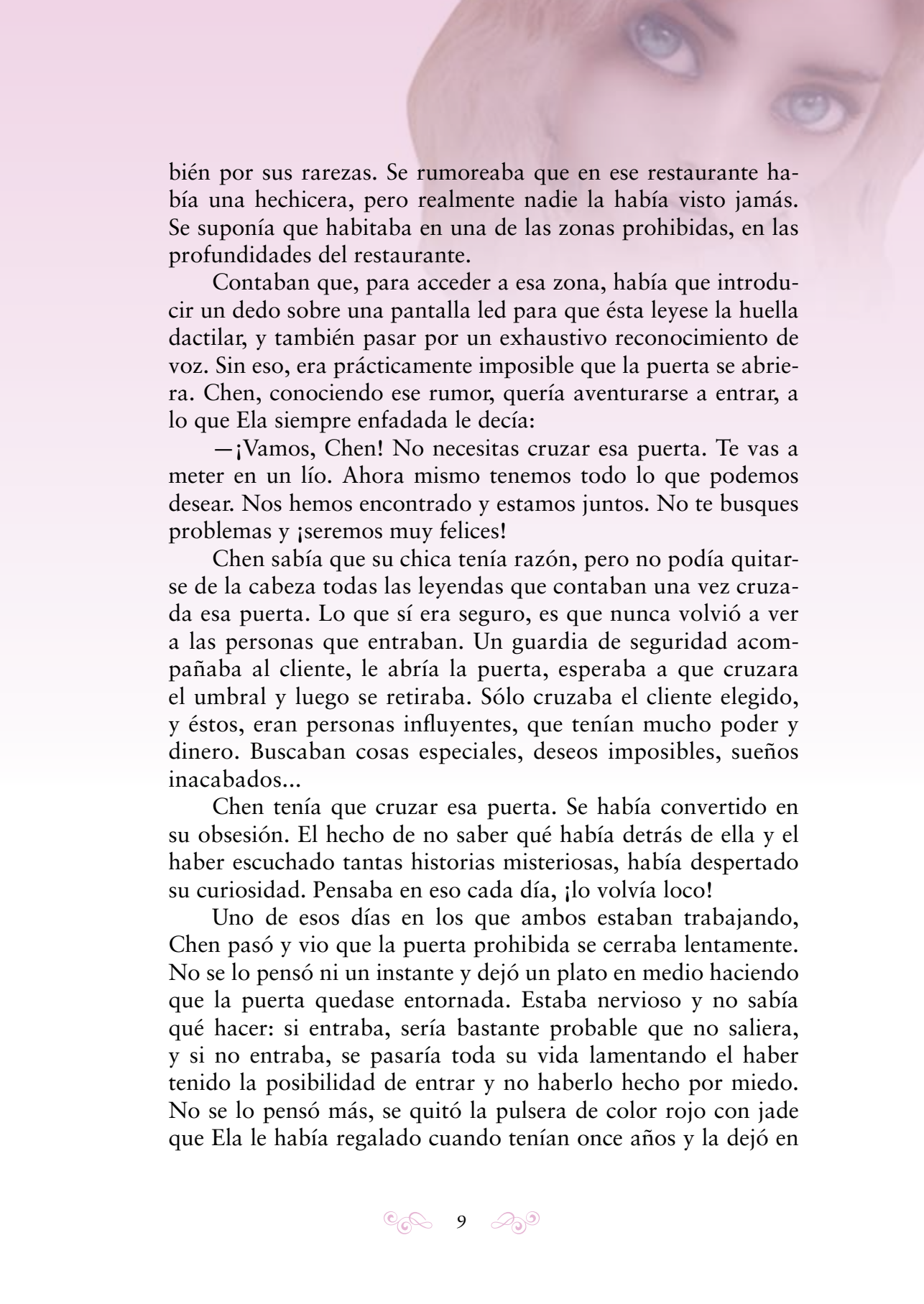
Sus grandes ojos no descansaban ni un segundo, como si tuviese un escáner ocular. Miraba de una en una a cada persona que pasaba junto a ella. Sin descanso. Sin perder la ilusión. Con confianza. Ela caminaba, y caminaba, y caminaba, y caminaba... se paraba a descansar para comer y reponer energías, y después reanudaba su incansable búsqueda.

Apenas sin fuerzas, se sentó en un escalón muy cansada, y de repente pasó una persona con unos cubos llenos de agua salada y peces dentro. La persona tropezó y le tiró encima el agua. Ela se puso nerviosa y empezó a gritar, pero de repente, vio unos ojos de color miel, brillantes, con una preciosa marca de color verde pardo en el iris del ojo derecho, «¡eres tú!» —susurró Ela con los ojos llenos de lágrimas de la emoción tan fuerte que estaba sintiendo.—

Los chicos se abrazaron durante mil segundos, una y otra vez. ¡Qué alegría y qué felicidad! China es un país enorme, podrían haberse pasado toda su vida buscándose y no encontrarse jamás, pero el caprichoso destino quiso que se encontrasen muy rápido.

Chen le buscó a su chica un empleo en el mismo restaurante donde él trabajaba. Ya no se separarían jamás y comenzarían una vida juntos. Ela estaba tan entusiasmada que siguió a Chen. Pasaron los días, los meses, y Chen seguía con las mismas travesuras e inquietudes que cuando era pequeño.

El gran restaurante «El Pez Dorado» tenía gran fama y popularidad centenaria, por su diversidad en comidas, pero tam-



bién por sus rarezas. Se rumoreaba que en ese restaurante había una hechicera, pero realmente nadie la había visto jamás. Se suponía que habitaba en una de las zonas prohibidas, en las profundidades del restaurante.

Contaban que, para acceder a esa zona, había que introducir un dedo sobre una pantalla led para que ésta leyese la huella dactilar, y también pasar por un exhaustivo reconocimiento de voz. Sin eso, era prácticamente imposible que la puerta se abriera. Chen, conociendo ese rumor, quería aventurarse a entrar, a lo que Ela siempre enfadada le decía:

— ¡Vamos, Chen! No necesitas cruzar esa puerta. Te vas a meter en un lío. Ahora mismo tenemos todo lo que podemos desear. Nos hemos encontrado y estamos juntos. No te busques problemas y ¡seremos muy felices!

Chen sabía que su chica tenía razón, pero no podía quitarse de la cabeza todas las leyendas que contaban una vez cruzada esa puerta. Lo que sí era seguro, es que nunca volvió a ver a las personas que entraban. Un guardia de seguridad acompañaba al cliente, le abría la puerta, esperaba a que cruzara el umbral y luego se retiraba. Sólo cruzaba el cliente elegido, y éstos, eran personas influyentes, que tenían mucho poder y dinero. Buscaban cosas especiales, deseos imposibles, sueños inacabados...

Chen tenía que cruzar esa puerta. Se había convertido en su obsesión. El hecho de no saber qué había detrás de ella y el haber escuchado tantas historias misteriosas, había despertado su curiosidad. Pensaba en eso cada día, ¡lo volvía loco!

Uno de esos días en los que ambos estaban trabajando, Chen pasó y vio que la puerta prohibida se cerraba lentamente. No se lo pensó ni un instante y dejó un plato en medio haciendo que la puerta quedase entornada. Estaba nervioso y no sabía qué hacer: si entraba, sería bastante probable que no saliera, y si no entraba, se pasaría toda su vida lamentando el haber tenido la posibilidad de entrar y no haberlo hecho por miedo. No se lo pensó más, se quitó la pulsera de color rojo con jade que Ela le había regalado cuando tenían once años y la dejó en

la entrada, a modo de señal. En el caso de que Ela pasase cerca, se daría cuenta que estaba ahí dentro. Era el único recuerdo que Ela conservaba de su infancia, y se lo entregó a Chen el día que se dieron el primer beso.

La chica comenzó a buscar nuevamente a Chen, iba desesperada de un lado a otro, sin saber qué hacer. Preguntó en la cocina a todos los pinches, al Chef, a los camareros, e incluso a algunos clientes. No tuvo éxito, por lo que decidió irse a dormir. Sin haber apenas pegado ojo, al día siguiente se fue a trabajar, y siguió con su búsqueda muy preocupada. Fue al cruzar por la oficina del jefe cuando pasó por la puerta prohibida, y vio la pulsera que le había regalado a Chen encajada en la puerta para que no se cerrara del todo. Ela no sabía qué hacer. Se mordía las uñas, y tenía muchas dudas. Sabía que no debía entrar. Lo sabía. También sabía que Chen, la persona que más quería en este mundo, estaba tras esa puerta. Así que tomó la decisión: cruzó la puerta y fue tras Chen.

La joven, asustada y temblorosa, iba despacio caminando mientras observaba unos dibujos de animales y de naturaleza grabados en madera. Hacía frío y estaba muy nerviosa, mirando de un lado al otro. De repente se le apareció una persona que tenía el pelo largo negro, casi hasta los pies. En un principio parecía un hombre de ojos azules, pero daba la impresión de transformarse por segundos. Ela la miraba, y esa figura misteriosa — que no se sabía si era hombre o mujer —, sonreía.

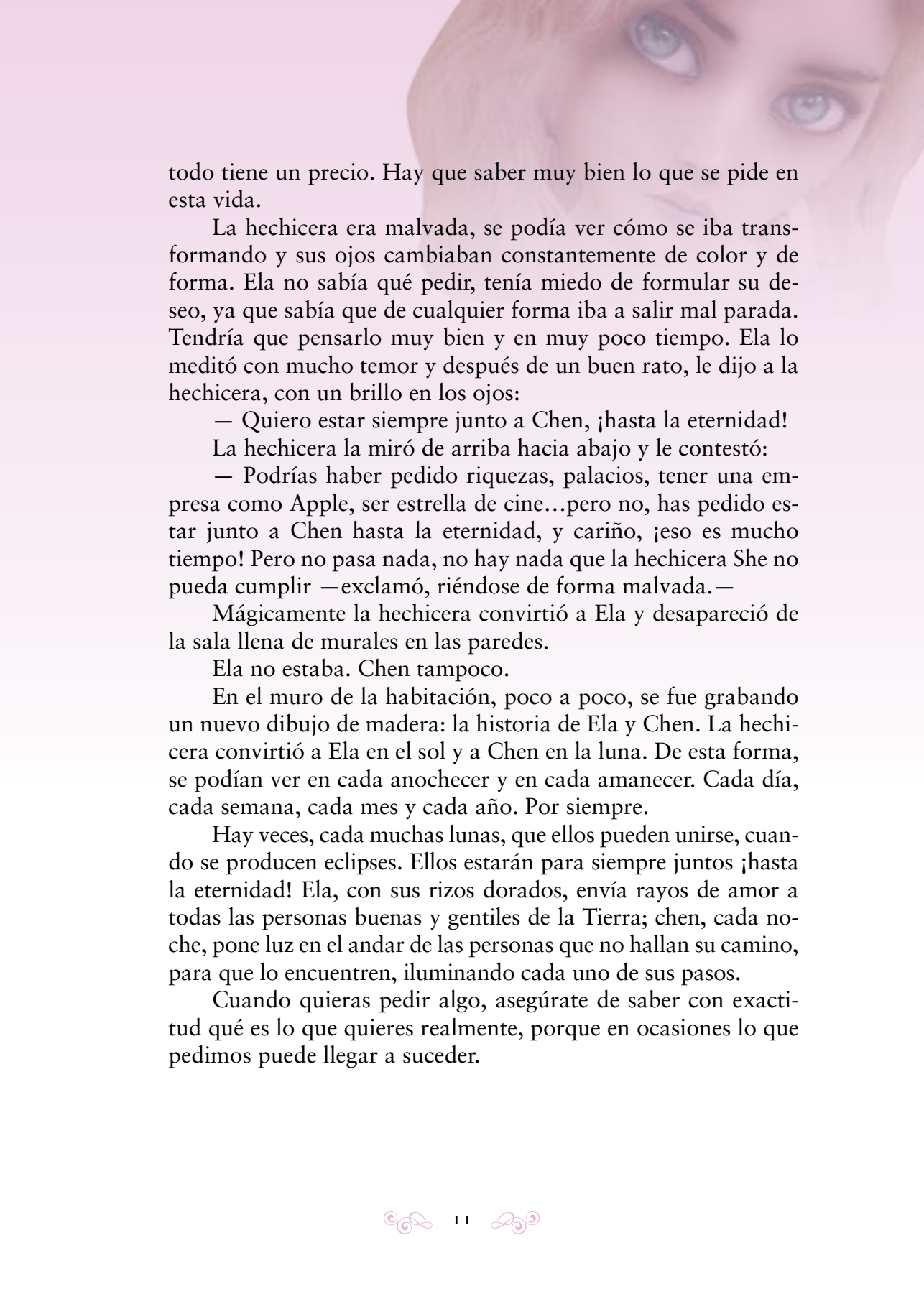
— Hola Ela. — musitó la hechicera She, volviéndose a dirigir a la hermosa chica — sabes que este recinto sagrado es mi hogar y, también sabes, que todo el que entra no puede volver a salir.

Ela la miró con sus enormes ojos azules llenos de lágrimas y le dijo:

— ¡Perdóname hechicera! ¡Perdónanos a los dos por favor! ¡Lo único que te pido es que estemos juntos para siempre, por favor! —suplicó.

La hechicera She la volvió a mirar, y le dijo:

—Niña, me das pena, así que te voy a conceder un deseo, —dijo con voz muy sarcástica— piénsatelo muy bien, porque



todo tiene un precio. Hay que saber muy bien lo que se pide en esta vida.

La hechicera era malvada, se podía ver cómo se iba transformando y sus ojos cambiaban constantemente de color y de forma. Ela no sabía qué pedir, tenía miedo de formular su deseo, ya que sabía que de cualquier forma iba a salir mal parada. Tendría que pensarlo muy bien y en muy poco tiempo. Ela lo meditó con mucho temor y después de un buen rato, le dijo a la hechicera, con un brillo en los ojos:

— Quiero estar siempre junto a Chen, ¡hasta la eternidad!

La hechicera la miró de arriba hacia abajo y le contestó:

— Podrías haber pedido riquezas, palacios, tener una empresa como Apple, ser estrella de cine...pero no, has pedido estar junto a Chen hasta la eternidad, y cariño, ¡eso es mucho tiempo! Pero no pasa nada, no hay nada que la hechicera She no pueda cumplir —exclamó, riéndose de forma malvada.—

Mágicamente la hechicera convirtió a Ela y desapareció de la sala llena de murales en las paredes.

Ela no estaba. Chen tampoco.

En el muro de la habitación, poco a poco, se fue grabando un nuevo dibujo de madera: la historia de Ela y Chen. La hechicera convirtió a Ela en el sol y a Chen en la luna. De esta forma, se podían ver en cada anochecer y en cada amanecer. Cada día, cada semana, cada mes y cada año. Por siempre.

Hay veces, cada muchas lunas, que ellos pueden unirse, cuando se producen eclipses. Ellos estarán para siempre juntos ¡hasta la eternidad! Ela, con sus rizos dorados, envía rayos de amor a todas las personas buenas y gentiles de la Tierra; chen, cada noche, pone luz en el andar de las personas que no hallan su camino, para que lo encuentren, iluminando cada uno de sus pasos.

Cuando quieras pedir algo, asegúrate de saber con exactitud qué es lo que quieres realmente, porque en ocasiones lo que pedimos puede llegar a suceder.